



¿DE QUE HABLAMOS, CUANDO HABLAMOS DE LOS JOVENES?

Acabar con la obsesión juvenil

Josep M. Lozano

1. Los jóvenes: de propietarios del futuro a prisioneros del presente.
2. Los 60, o los jóvenes que creían que lo serían siempre.
3. Los 70, o los jóvenes que no supieron cómo serlo.
4. Los 80, o los jóvenes que se encontraron condenados a serlo.
5. La construcción social de la identidad juvenil.
6. Y ahora, ¿qué?.

Josep M. Lozano es profesor de Ética y Filosofía Social en ESADE y miembro del Patronato de la Fundación «Lluís Espinal» (Cristianisme i Justícia)

Presentación

A principios de 1990 escribí unos papeles sobre los análisis que se acostumbraban a hacer entorno a los jóvenes, con la esperanza de preparar un futuro ensayo sobre el tema. Lo repartí a unos cuantos amigos y conocidos y, amablemente, muchos de ellos me hicieron sus comentarios, sugerencias y críticas. A todos, vaya ahora, mi agradecimiento.

De todo ello y con los materiales que ya tenía ordenados salió el índice y el proyecto del ensayo. Sabía lo que quería, tenía las referencias y el hilo conductor. Como siempre, sólo faltó un elemento: el *tiempo*. No pude encontrar un par de meses mínimamente oxigenados... y al fin lo dejé.

Los amigos de *Cristianisme i Justícia* me insisten sobre aquellos primeros papeles. Creen que vale la pena no dejarlos escapar. Yo bien sé lo que les falta, lo que tenía que matizar y lo que deseaba añadir. Sin embargo me encuentro suficientemente identificado con el escrito.

Presento una versión ligeramente retocada de aquellos papeles iniciales. Espero que al posible lector el Cuaderno le sea de utilidad. Para mí quedará como un signo –¡uno más!– de la nostalgia por lo que podía haber sido y no fue. Suerte que la nostalgia es un error...

Josep M. Lozano i Soler
julio 1991

1. LOS JOVENES: DE PROPIETARIOS DEL FUTURO A PRISONEROS DEL PRESENTE

Los «jóvenes» como referentes mitológicos

Estas páginas no pretenden más que ensayar una *interpretación* sobre la vida y milagros de uno de los personajes estelares de nuestra cultura y de nuestra vida social en los últimos años: el Joven. Llevamos ya muchos años en los que los jóvenes han sido una piedra de toque (y a menudo "la" piedra de toque) en lo que se refiere a los mil y un problemas y retos que se han ido planteando. Han sido unos años en los cuales casi todo el mundo –personas e instituciones– ha vivido inmerso en una verdadera *obsesión juvenil*. Esta obsesión ha adquirido formas diversas y, ni que decir tiene, no siempre ha sido protagonizada por los mismos jóvenes. Sino todo lo contrario.

Dicho con otras palabras: la juventud (o los jóvenes) se ha convertido en uno de los grandes referentes mitológicos de nuestra cultura. Ya hace muchos años que encontramos a los jóvenes detrás de todos los grandes problemas que preocupan a la opinión pública:

— el paro, la crisis de valores, los movimientos revolucionarios, la adicción a las drogas ilegales, los movimientos sociales, la inseguridad ciudadana, el nivel y la calidad de la enseñanza, las actividades de tiempo libre, el llamado consumo cultural, etc.

Los jóvenes han pasado a ser un punto de referencia inagotable del discurso público, del institucional y de los medios de comunicación. Y, naturalmente, de la publicidad. Pero su omnipresencia obsesiva como referente social no ha sido solamente ideológica: alrededor de la mitología juvenil se han construido infinidad de modas, productos, servicios y formas de vida y de comportarse. Es indescriptible el sentimiento de ansiedad, vergüenza o frustración con que han vivido quienes no encajaban o se alejaban de lo que en cada momento se vivía como lo más típicamente "juvenil". Lo que no interesaba a "los jóvenes" ya se suponía automáticamente que era de un interés más que relativo. Había que estar atento a lo que los jóvenes hacían y decían porque su palabra era, sin duda, la palabra de los (nuevos) dioses. El hecho de que algo no fuera atractivo para los jóvenes era, sin duda, señal indiscutible de que no tenía futuro. Al fin y al cabo, la obsesión juvenil inyectaba en nuestra vida social una doble preocupación: la preocupación *por los jóvenes* y la preocupación *por ser como ellos*.

¿El problema son los jóvenes o la sociedad?

Y los jóvenes ¿qué decían a todo esto? Bueno, eso ya es harina de otro costal. Dejémoslo ahora. Porque lo que quiero subrayar de entrada es que:

— No ha existido ninguna clase de problema social con los jóvenes, ni ninguna clase de problema juvenil en la sociedad.

— Más bien problemas sociales proyectados e interiorizados en los jóvenes: y, por lo tanto, muy a menudo "protagonizados" por ellos.

— Nos encontramos en una sociedad que ha vivido (o ha querido vivir) *bajo el signo de la juventud*. De este modo ha condensado o proyectado en los jóvenes los grandes problemas y retos que atravesaban a toda la sociedad.

Dicho de otro modo, la interpretación que me parece más plausible es la que sostiene

que, propiamente, *no hay problemas o cuestiones juveniles, sino problemas sociales que se reflejan o se condensan en los jóvenes*. Condensación y reflejo, eso sí, que muy a menudo tiene unos rasgos propios y específicos, del mismo modo que se manifiestan con su propia especificidad entre otros grupos sociales y/o generacionales. Pero, en cualquier caso, lo que hay que decir desde el principio es que *los jóvenes no anticipan el futuro, sino que concentran las tensiones del presente*. Si la juventud ha sido, simultáneamente, una edad de moda y una edad modelo, lo ha sido en el marco de una sociedad que, de manera cada vez más acelerada, ha visto como se le hacían añicos los modelos de los que vivía y que podía ofrecer y ofrecerse.

La juventud «modelo» en el seno de sociedades sin modelos (y sin modelos que ofrecer a la juventud)

Desde luego, los últimos años han sido los años de la obsesión juvenil; los años de los jóvenes. Pero no lo han sido por razones biológicas o demográficas (si bien todo esto ha sido inseparable de un "boom" demográfico), sino por razones sociales y culturales. Resulta, pues, decisivo no caer en la trampa de hablar de temas como "el problema juvenil"; sino afrontar los hipotéticos problemas que (se supone que) plantean los jóvenes. Problemas que son reflejo —a veces espejo, a veces retrato, a menudo caricatura— de problemas que comparten con otras generaciones... y, a menudo, como problemas de algunas instituciones para con los jóvenes.

Esto se pone en evidencia cuando uno lee materiales que se presentan como elaborados "por los jóvenes" o significativos de su realidad (y que, por cierto, suelen ser la actividad de un sector más bien escaso de la población juvenil).

Para poner un par de ejemplos relevantes: si miramos los índices de los trabajos elaborados con ocasión del Año Internacional de la Juventud o de la *Carta de la Joventut Catalana*, podremos llegar por lo menos a una conclusión clara: *los problemas o las preocupaciones de los jóvenes no son problemas o preocupaciones juveniles; los problemas o preocupaciones de los jóvenes no son problemas de los jóvenes solamente*.

Llegados a este punto, resulta indispensable añadir que, si hay algo que caracteriza a la realidad juvenil, es su diversidad y su pluralidad. Aunque sólo sea por higiene mental, deberíamos dejar de hablar de *la Juventud* (y, por lo tanto, de "sus" supuestos defectos y virtudes) y hablar de *los jóvenes*, como una manera modesta de reconocer lingüísticamente la pluralidad de formas de vida que podemos hallar entre la población juvenil... como entre toda la población, por otra parte. Esto es difícil, puesto que en los últimos años nos hemos habituado a percibir a los jóvenes desde un modelo paradigmático de lo que es "ser joven" y de lo que tiene que ser un joven modelo.

Seguramente que no son simples los procesos mediante los cuales *unas formas de vida presentes entre los jóvenes se elevan a la categoría de representar lo que es más típicamente juvenil*. Lo cual no nos priva de ensayar aproximaciones.

Aunque sólo sea porque estas aproximaciones se pueden hacer con la intención manifiesta de rastrear algunas de las herencias que hoy todavía perduran en la percepción social de estos personajes que han tenido el dudoso honor de protagonizar la vida pública de la segunda mitad del siglo veinte. Herencias que, como estratos progresivamente superpuestos, perfilan los sucesivos retratos-robot que se han utilizado para localizar al Joven entre los jóvenes.

2. LOS 60, O LOS JOVENES QUE CREIAN QUE LO SERIAN SIEMPRE

Cuando se hacen consideraciones de este tipo resulta inevitable caer en la convención de hacer periodizaciones que nos ayuden a ordenar las herencias de las cuales vivimos. Puestos a hacerlo, pues, lo haremos por décadas.

Si bien, como ya se ha dicho, la aparición cultural de los jóvenes como tales es paralela a los *comienzos de la industrialización*, los jóvenes eclosionan como sujetos de problemas y sujetos problemáticos en las *sociedades plenamente industrializadas*. Esta eclosión va tomando forma a lo largo de la primera mitad del siglo veinte, pero estalla específicamente –y emblemáticamente– a lo largo de los 60.

La *década prodigiosa* es una década "juvenil" y protagonizada por los jóvenes. Década de gran crecimiento económico (algunos afirman que el mayor que ha experimentado jamás la humanidad), pero también una década que empezó con cambios ideológicos e institucionales que se vivieron como banderas de nuevas esperanzas:

— expectativas (y triunfos) revolucionarias, nuevas fronteras, aggiornamenti, crítica al "culto de la personalidad"...

— y presentación en sociedad de los jóvenes nacidos después de la II Guerra Mundial.

Jóvenes que empiezan a estar juntos muchos años –y cada vez más masivamente– en escuelas y universidades, y que ven como las primaveras que se anunciaban se marchitan rápidamente. La desaparición de símbolos como Juan XXIII, J.F. Kennedy o N. Krushev representa también la resistencia que tienen al cambio las ideologías y las instituciones dominantes hasta aquel momento.

Pero, mientras, los cambios en las condiciones materiales de vida modifican las expectativas y demandas sociales, y una nueva moral comienza a imponerse prácticamente antes de ser sistematizada ideológicamente.

El 1968 una culminación frustrada

En este retrato-robot, el 68 pasa a ser la culminación frustrada de una dinámica que mostraba la necesidad de nuevos parámetros culturales y de nuevas formas de vida, más allá de transformaciones económicas o políticas. Era una dinámica protagonizada básicamente por jóvenes urbanos, de clase media y con estudios medios o superiores que se habían socializado en medio de un creciente (o, como mínimo, de un mayor) bienestar; que planteaban la posibilidad de instaurar nuevos estilos de vida, diferentes pautas de conducta y un reparto alternativo del poder social y no sólo del político.

La *confrontación fue básicamente cultural*, por esto desbordó rápidamente a las estructuras institucionales e ideológicas, identificadas cada vez más con el miedo o con la resistencia al cambio y preocupadas por adaptarse, sin renunciar a su cuota de poder. Instituciones que parecían tener como libro de cabecera más bien *El gatopardo* que *El príncipe*.

El cambio económico, cultural y social se superpuso al cambio demográfico, cristalizando todo ello en conflicto generacional de grandes dimensiones.

Entre nosotros, estas referencias se veían reforzadas –e incluso magnificadas– por el hecho de

que se encontraban más perseguidas por un régimen que, simultáneamente, propiciaba una cierta versión del crecimiento económico y un rechazo agresivo de todo ello que apuntaba hacia una modificación del orden que había establecido impositivamente.

El cambio social identificado con lo que dicen los jóvenes

En este contexto de cambio cada vez más acelerado, el discurso tradicional sobre los jóvenes se hizo rápidamente obsoleto. Ya no podía verse al joven (ni vivir la propia juventud) bajo los parámetros del sacrificio y de la preparación para un futuro, entendido como la entrada en unas formas de vida ya básicamente establecidas. *Los jóvenes* (algunos, claro) *aparecen como portadores del cambio social* y vinculados a él, de manera que se acaba identificando el cambio social con lo que dicen y hacen los jóvenes... (lo cual viene reforzado por la difusión indiscriminada que hacen de ello los medios de comunicación). Ya no es necesario esperar al futuro, porque lo estamos haciendo y lo queremos ahora, en el presente. Por lo tanto, cada vez más, el horizonte social –y, por descontado, el de los jóvenes– no es la orientación a reservarse e invertir (en formación, relaciones, etc.) de cara al futuro, sino la orientación a "realizarse" en el presente.

El cambio se orientaba no sólo a cambiar el mundo o las estructuras de poder, sino que pretendía ir más allá: había que cambiar la vida, según se decía. (Después fue la vida la que fue cambiando a muchos de estos jóvenes). La vida y la práctica cotidianas pasaron a ser vistas como el lugar de las transformaciones revolucionarias. La aspiración al cambio, pues, alcanzaba a todos los ámbitos vitales. Por lo tanto, las ideologías y las instituciones que hasta aquel momento habían pretendido ordenar el mundo y la vida se veían *contestadas* y desbordadas. Estalla la actitud contracultural –que más bien es una actitud que hace cultura a la contra– que se convierte en una clave de interpretación de propuestas, situaciones y conflictos muy diferentes e incluso contradictorios entre sí.

Este dinamismo de cambio hace que se consideren como típicamente juveniles (o típicos de la revuelta juvenil) valores y actitudes que también asumen progresivamente otros grupos sociales e incluso valores y actitudes que ponen en marcha o potencian entre los jóvenes gentes que no lo son.

Emergen nuevos valores personales y colectivos

Valores que se presentan como aspiración y como crítica a los ya establecidos e institucionalizados (en la familia, la escuela, la iglesia o los partidos). Valores personales de autonomía, creatividad, autenticidad, realización... Valores colectivos de contestación, crítica al poder, contracultura, nuevas solidaridades, no violencia... *Y se hace de los jóvenes los portadores sociales de estos "nuevos" valores que tenían que "renovarlos" todo.* En todas partes aparece una "nueva" izquierda, iglesia, pedagogía, pareja, incluso matemáticas!... en una gran eclosión que afectaba a gente muy diversa, pero que tomaba como referencia a los jóvenes (es decir, a determinados jóvenes).

En una rápida operación, se identifica lo que es bueno con lo que es nuevo. Lo que es nuevo con lo que es joven. *Y, así, "los jóvenes" pasan a encarnar el bien social, entendido como cambio social.* No nos ha de extrañar que se acabara planteando si los jóvenes eran una nueva clase y los nuevos sujetos revolucionarios. Y, al final, nos encontramos con que "la juventud" deja de ser un lugar de paso y empieza a ser un punto de llegada o un referente último: los jóvenes son el futuro, nos muestran el futuro. Lo que la sociedad llegará a ser ya lo tenemos ante nuestros ojos, en los jóvenes.

El modelo de «joven»

De este modo, cerrando el círculo, *no sólo el joven se convierte en modelo, sino que se construye el modelo de joven*. Se diseña la imagen de lo que *tiene que ser un joven que sea "auténticamente" joven*:

crítico, radical, con iniciativa, desinteresado, sin someterse a las instituciones, creativo, innovador de patrones culturales y no repetitivo, orientado a la utopía, independiente de padres y educadores, etc., etc.

Hoy, si algo tienen en común todas las críticas, preocupaciones o lamentos que se expresan hacia los jóvenes, en el fondo, es esto: se han alejado de este modelo. No son críticos, no tienen iniciativa, viven ligados a los padres, son pragmáticos... y así podríamos seguir "ad nauseam". ¿Y por qué un joven, para "ser joven" (y no un joven deteriorado, de segundo orden, echado a perder o, incluso, manipulado) tiene que corresponderse con este patrón? ¿Y por qué este perfil sólo es deseable (o rechazable) entre los jóvenes?

Como complemento aparece una nueva *actitud correcta* de situarse ante este Joven modelo. En la medida en que los jóvenes representan la superación de una sociedad eminentemente "represiva", de lo que se trata es de evitarles, al máximo posible, todo tipo de traumas, frustraciones, represiones o imposiciones. Así, el problema y la preocupación central para con los jóvenes pasa a ser evitar toda clase de represiones (política, moral, sexual, familiar, educativa, etc.) con la creencia de que de esta liberación (entendida como superación o supresión de la represión) emergerá de un modo casi automático todo lo que de bueno y de nuevo los jóvenes llevan y anuncian. Y, de este modo, conseguiremos que el futuro llegue a nuestro presente.

3. LOS 70, O LOS JOVENES QUE NO SUPIERON COMO SERLO

Y, desde luego, el futuro llegó. Pero, cuando lo hizo, no era como se había pensado. Muchos de los planteamientos anteriores se habían hecho desde la confianza implícita –cuando menos en el Occidente desarrollado– de que el crecimiento económico era imparable. No es de extrañar, pues, que en el fondo se creyera que la prosperidad estaba casi garantizada definitivamente y que los cambios sociales debían promover valores que "humanizaran" la vida y las instituciones de la sociedad opulenta. Por eso era posible un constante ejercicio de ampliación de los horizontes mentales y de las experiencias vitales.

De la utopía al consenso

Esto quebró a comienzos de los 70, pero la crisis tardó más en afectarnos a nosotros porque nuestras energías sociales se dedicaron a la transición política.

Así, las movilizaciones durante el final del régimen se percibían como protagonizadas básicamente por jóvenes y por los que empezaban a dejar de serlo. En cualquier caso, asistimos a una verdadera multiplicación de iniciativas, actos y apariciones de asociaciones juveniles. Incluso hubo reivindicaciones que afectaban directamente a los jóvenes (como la que se refería a la mayoría de edad).

Pero aquel momento inicial de vida acelerada, en el que se vivió el deseo al máximo porque todo el mundo podía proyectar en un cambio incierto la realización de sus deseos, acabó con fuertes sentimientos de frustración y con el descubrimiento repentino de que una nueva realidad (La Crisis) había tomado posesión de nosotros y de nuestras vidas.

La década termina con elecciones, y con un proceso de *reinstitutionalización* que, además, se hace *en nombre del consenso*, y no de *la utopía*. Por eso, cuando de repente empiezan a aparecer como moscas concejalías, consejos y direcciones generales de Juventud, los parámetros dominantes de comprensión del hecho juvenil han mutado notablemente. Una generación relativamente "joven" ocupa el poder y es ocupada por él, quizás sin haber tenido mucho tiempo para pensar qué haría con el poder. En cualquier caso, este simple hecho biográfico hace ineludible creer que esta ocupación durará bastante, y pone en cuarentena la creencia en un próximo "relevo generacional". Vale la pena observar, de paso, que ocupa el poder político y el cultural. Quizás esto explica que ahora, suavizada la crisis económica, los nuevos jóvenes-modelo se muestren como luchadores por una parcela de poder que los anteriores olvidaron: el económico.

Diferencia entre «desear, imaginar...» y «gestionar»

Sea lo que fuere, este contexto de crisis creciente –¡principalmente económica!– y el súbito descubrimiento de la diferencia existente entre *soñar, desear, imaginar o vivir a la contra*, por una parte, y *gestionar, negociar, armonizar intereses en conflicto o descubrir que no hay recursos para todo y todos*, por otra, hace que cambien rápidamente los esquemas perceptivos de la realidad.

Dos nuevos referentes aparecen como señales de identidad: el **Desencanto** y el **Pasotismo**. Si bien están interrelacionados, existen diferencias entre ellos, y quizás la más significativa es que el pasotismo se atribuye mucho más específicamente a los jóvenes.

Propiamente, tanto estar encantado como desencantado son más bien estados de ánimo y maneras de sentir que no ideas o cosmovisiones. Sin embargo, son maneras de sentir que fácilmente se tematizan como ideas y pasan a ser claves de comprensión de la realidad y legitimaciones de renuncias o modificaciones en los comportamientos y las orientaciones vitales.

El desencanto es la desvinculación vital hacia aquello que atraía o movilizaba en el campo social o político, y a menudo es debido a acciones o situaciones que niegan o desmienten lo que previamente se había vivido como encantador o cautivador. Si se definieron las revueltas del 68 como la toma de la palabra, el desencanto es el resultado de establecer una relación operativa (y no verbal o imaginaria) con el poder y de comparar o confrontar la toma de la palabra y la toma del poder como si estuvieran en el mismo nivel.

Pero sin ignorar jamás que el desencanto presupone haber estado encantado de una forma o de otra; los tiempos no eran, todavía, propicios para una velada postmoderna alrededor de la hoguera de los encantadores. Más bien se trataba de "tomar postura" ante el desencanto, tanto para combatirlo como para comprenderlo como puerta de paso a una nueva etapa.

«Acuerdos, pactos» y «renuncias»: el Desencanto

El *desencanto* se formula ante la opinión pública cuando la elaboración de la Constitución y el establecimiento de medidas para superar la crisis económica "exigieron" acuerdos y pactos, a menudo secretos, y también renuncias. La lógica del pacto entre núcleos dirigentes exigía un proceso creciente de desmovilización de todo aquello y todos aquellos que la podían perturbar.

El desencanto viene provocado por el reconocimiento de que mucho de lo que había configurado una dinámica de participación, presión y movilización se volvía rápidamente molesto, superfluo o "poco realista" y afectó a los que no querían renunciar a ello y se veían empujados u obligados a hacerlo por parte de quienes, hasta hacía muy poco, habían compartido el mismo lenguaje. *El desencanto no afecta al núcleo de todos, sino a aquellos para los cuales la orientación social o política es nuclear.*

Pero tiene como consecuencia la rápida difusión de un sentimiento de distanciamiento y desinterés hacia las posibilidades de incidir en la vida política y social. Distanciamiento y desinterés acompañados, no hay que olvidarlo, de sentimientos de frustración y/o impotencia. Pero, en cualquier caso, el desencanto se convierte en un cajón de sastre que permite dar un nombre común a situaciones y planteamientos muy diversos y heterogéneos, sin olvidar que lo que para unos era causa de desencanto, para otros era causa de satisfacción.

Lo que para unos fue una manera emocional de vivir la transición (y de hacer la propia transición personal) para otros fue un período o una forma de vivir. Y, detrás de todo eso, diversas maneras de vivir y pensar la relación y la distancia que hay entre deseo y cumplimiento del deseo. (Que, por cierto, se narraban de un modo casi indiferenciado cuando la única cosa que se tomaba o se tenía que tomar era la palabra, y no el poder o el ejercicio de responsabilidades).

No fue de extrañar que, paulatinamente, cuando se contemplaba o se expresaba lo que parecía más paradigmáticamente juvenil, se llegara más o menos inconscientemente a la conclusión de que *se sabía como "tenían que ser" los jóvenes, pero, en la práctica, no se sabía como podían serlo.* Y así se acabó colgándoles el sambenito del "pasotismo".

El desencanto, una especie de toma de conciencia de la transición

Pero, antes de llegar a los pasotas, hay que insistir en que el desencanto acabó siendo una especie de toma de conciencia de la transición. Entre otras cosas, porque mucha gente quería el "cambio", pero cada cual tenía de él básicamente una representación mental o vital. La campaña electoral que llevó al PSOE al gobierno fue el último avatar de esta transición.

Tanta preocupación por la desestabilización política no fue acompañada por una mínima atención a esta desestabilización cultural. De manera que afrontar la reconstrucción de perspectivas sociales y culturales se hizo mediante un pragmático ensayo y error, mientras se pensaba a partir de modelos y expectativas heredados. *Había una fuga pragmática hacia delante que se pensaba y se analizaba mirando hacia atrás*, de manera que el desencanto y la posición que se tomaba respecto a él se convirtió en una de las formas dominantes de reagrupación ideológica.

Pero con la peculiaridad nada despreciable de que la política y la economía se habían "liberado" de todo juicio ideológico y, en todos los sentidos de la expresión, se *desmoralizaron* definitivamente. La energía vital así liberada comenzó a canalizarse hacia espacios y prácticas sociales muy diversos, cuya ramificación llega hasta hoy y ahora no podemos analizar: el consumismo como compulsión compensatoria, el ascenso y la salvación social por la vía del éxito económico, la diversidad de los movimientos sociales, la religiosidad personalizada rozando a menudo el sectarismo, la recuperación del individualismo posesivo, un cierto narcisismo agorafóbico, y lo que cada uno quiera añadir, que la lista puede ser inacabable.

El pasotismo

Pero no vayamos tan deprisa, porque, en lo concerniente a lo que ahora nos interesa, tenemos que prestar atención al hecho que se estableció y consolidó el binomio desencanto-pasotismo.

El *desencanto* es aquella actitud vital de desconectarse ante lo que atraía y/o movilizaba, y que experimentan muchos de los que ya comienzan a ser ex-jóvenes. Abandonan, se recluyen en sus reservas para velar por las esencias, o se adaptan y reorientan, ya sea de manera exclusivamente pragmática, ya sea (re)construyendo nuevas referencias.

El *pasotismo* representa una afirmación negativa: dejo de jugar; me desentiendo; estoy aquí, pero en tránsito hacía vete a saber donde y no hacia nada de lo que existe. <\$FNo será hasta más tarde que "pasar" significará lo excesivo: ¡qué pasada!> Uno dice que pasa cuando no puede entrar en el juego (social) porque no tiene ninguna baza para hacerlo o porque ya no tiene ganas de jugar. Uno "pasa" en el sentido que "transita" por la vida igual que en los aeropuertos: sabiendo que son lugares de paso y que nada le vincula establemente a lo que allí sucede, con la diferencia que, ahora, además, ya no sabe a dónde va.

El desencanto mezclado con la desorientación vital y agravado por una crisis económica que entonces ya lo atenazaba todo cumplió su cometido. El desencanto como desvinculación y progresivo distanciamiento y (por lo tanto y como consecuencia) el "pasar" como una forma de afirmarse e identificarse desde la negación y el rechazo hacia la realidad dominante:

lo que hacía pocos años se había realizado como movilización social, ahora se realiza como desmovilización, y esta desmovilización acaba transformándose en una identidad vital.

Esta identidad va configurando el paso de la desmovilización social a la renuncia de

relaciones activas con el entorno. Determinado desinterés rápidamente se tradujo como no interés, y el "yo paso de" rápidamente se transformó en un "yo soy (o tú eres) un pasota", de modo que, en pocos años, lo que empezó a ser un proceso de socialización, entendido como transición hacia el pasotismo, se convirtió en un proceso de socialización en el marco del pasotismo.

El pasotismo y los jóvenes

Evidentemente, ni el desencanto afectó a todos (ni a todos de la misma manera), ni pasar fue una actitud habitual o dominante entre los jóvenes. Pero sí que el pasotismo se transformó en el parámetro para valorar el comportamiento y las actitudes juveniles. Ser o no ser pasota se convierte en un elemento clave para comprender e identificar a los jóvenes, y se acaba presentando, curiosamente, como si fuera una especie de opción y no (o, como mínimo, también) una forma de impotencia inducida.

Esta opción, ni que decir tiene, es cuestionada o condenada cuando se habla de los jóvenes o se la relaciona con ellos. *Básicamente porque se sigue considerando que el joven ideal tiene que ser el joven militante*: los pasotas son asociales, hacen el juego a la derecha (?), se alejan de las instituciones y nos llevarán a una sociedad desarticulada. El pasotismo, cuando se da, se percibe como una actitud típicamente juvenil y suele tratarse sin tener en consideración los hechos del entorno que lo han provocado: lo importante es que uno no sea pasota. Los jóvenes empiezan a preocupar (sobre todo a los departamentos e instituciones creados a causa de esta preocupación, y que suelen estar bajo la responsabilidad de ex-dirigentes juveniles de la etapa anterior) y, cada vez más, la atención que suscitan no viene motivada por la devota ilusión de *saber qué hacen*, sino por la *inquietud de saber qué hacemos con ellos*.

De esta manera la actitud dominante implícita sigue siendo la devoción por los jóvenes supuestamente militantes (que son básicamente jóvenes organizados y vinculados a otras organizaciones e instituciones) y que, por la misma razón, son tratados con un cuidado exquisito... en especial si se tiene en cuenta que son un porcentaje digamos –para ser generosos– minúsculo de la población juvenil.

Y, con respecto al resto, la actitud implícita parece ser: dado que se desinteresan, *veamos qué les puede interesar* y hagamos todo lo posible para interesarles (a veces cualquier cosa a cualquier precio). Lo que sea, pero por lo menos que no pasen. Porque "que no pasen" ya es un triunfo, y como tal es visto por parte de los que se ocupan y se preocupan por los jóvenes. De no reprimirles para que puedan ser máximamente, a facilitarles y aceptarles lo que sea para que no dejen de ser mínimamente... y no nos dejen, claro está.

4. LOS 80, O LOS JOVENES QUE SE ENCONTRARON CONDENADOS A SERLO

En el paso de los 70 a los 80 un término fue la clave para explicarlo todo: la crisis. Quizás lo único que entonces no entró en crisis fue la misma idea de crisis. Si bien saltó a la palestra en 1973 con la crisis del petróleo, la sensación de agotamiento se generalizó unos años más tarde.

Desde entonces, ¿qué no se ha analizado básicamente en estos términos? El Estado del Bienestar, los valores, el asociacionismo, los partidos políticos, la iglesia, la familia, la canción... de todo se ha hablado anteponiéndole la referencia "crisis de".

Sin embargo, el sustrato último y, a la vez, su visualización más punzante se produjeron en el campo económico con el crecimiento galopante del paro. El futuro desapareció del mapa como posibilidad y se vivió bajo el signo de la amenaza (nuclear, ecológica, económica...). Ya se daba todo por bueno si las cosas no empeoraban.

De «discutir» sobre modelos de sociedad a «vivir» en sociedades sin modelo

Entonces ya lo decían los que saben lo que ocurre antes que nadie; ahora ya lo sabemos todos: la cosa iba de Postmodernidad.

Al principio fue la crisis de modelos y la sensación de haber llegado a una encrucijada de callejones sin salida. La desconfianza hacia los modelos económicos, políticos y culturales fue moneda de cambio. Se paso rápidamente de discutir sobre modelos de sociedad a vivir en sociedades sin modelos. Los portadores institucionales de esperanza agotaban su discurso y cada cual se las arreglaba como podía ante un futuro percibido como amenaza. La "inseguridad ciudadana" no era sólo una cuestión vial, era una cuestión vital que se formulaba como crisis económica y crisis de valores.

Es evidente que esto conmocionaba fuertemente a los jóvenes. Y más aún, si tenemos en cuenta que eran generaciones cuantitativamente más numerosas que las precedentes y que las que los seguirían. En este sentido, sí que estaban verdaderamente "colgados". Los que tenían que tomar la palabra acabaron perdiendo incluso la palabra, de modo de hasta hubo quien, después de analizar su argot, calificó a los jóvenes de "retrasados verbales". (A quien lo hizo quizás no le faltaba razón, pero, otra vez, ¿por qué sólo los jóvenes? ¿Acaso no teníamos la televisión y la radio repleta de *yo diría*, *a nivel de*, y un sinnúmero de exquisiteces verbales?).

De protagonistas de la historia a protagonistas de la publicidad

Los jóvenes dejaron de ser los protagonistas de la historia para pasar a serlo de la publicidad. Solamente tenían un protagonismo positivo en el ghetto audiovisual como referencia idealizada para los que no lo eran. Los jóvenes no podían tener protagonismo:

- político-social (el cambio en este terreno ya había ocurrido, y los que se habían instalado en él lo habían hecho de una manera estable);
- ni laboral (no había trabajo);
- ni cultural (ya no se pensaba en la posibilidad de alguna clase de "alternativas").

La primacía la fue adquiriendo una cierta experiencia del "yo" desarticulado por falta de articulaciones. El individualismo, con el inevitable prefijo "neo", empezó siendo una reacción pragmática para acabar convirtiéndose en una propuesta ilustrada y racional, la única posible y sensata, según lo que ahora se lleva.

Los publicistas no sólo nos anunciaban que había llegado la primavera, también nos decían qué grande era ser joven. ¿De veras? Para los jóvenes la cultura de la crisis fue, sobre todo, la cultura del paro. Parodiando a Sartre, podríamos decir que *el joven estaba condenado a ser joven*, según lo que revelaba la jaculatoria de raíz estadística: uno de cada dos parados era joven, uno de cada dos jóvenes estaba en paro. ¿Estaba? No sólo eso: "era" un parado.

El paro, culturalmente, se convertía en un horizonte mental y personal y configuraba un nuevo sentimiento trágico de la vida en el marco de la todavía predominante "cultura del trabajo" que impregnaba la vida de muchos jóvenes, ya fueran estudiantes, trabajadores o parados. Aunque los especialistas estudiosos del paro (una de las nuevas profesiones de la época) nos avisaran de que todo apuntaba hacia un cambio de la función y la valoración sociales del trabajo, para los jóvenes el trabajo seguía siendo una referencia insoslayable, ni que fuera instrumentalmente.

El joven fue el Sísifo de los tiempos postmodernos que comenzaban, bajo el peso de su juventud perpetuada socialmente o, como ya se había dicho, bajo su "adolescencia forzosa". Los que hacían discursos y artículos podían continuar impunemente diciendo que eran el futuro, pero ahora la frase quería decir algo muy diferente: era una manera elegante de subrayar que no tenían presente. Obviamente, no era lo que vivían todos, pero era el trasfondo común. Ni podían prepararse para el mañana los que tenían sensación de que sólo les esperaba el eterno retorno del presente; ni podía estimularles la voluntad del "trabajo bien hecho" cuando lo importante –simplemente– era tener trabajo; ni podía movilizarles ningún proyecto de cambio social, cuando ya se sabía desde siempre que esto era cosa de los trabajadores. Los jóvenes como colectivo pasaron a representar la conciencia desgraciada de la época, en especial ante sus padres y educadores... *que eran los que habían sido jóvenes entre 1965 y 1975.*

Los «nuevos» movimientos sociales de talante un tanto «apocalíptico»

Paradójicamente, durante todo este tiempo se habían conseguido la gran mayoría de las reivindicaciones más específicamente juveniles de los 70. Se habían incrementado los presupuestos públicos y el patrimonio al servicio de la juventud, la oferta de asociaciones y actividades para jóvenes era mucho más rica y variada, la posibilidad de presencia institucional se había reconocido y formalizado. En cambio, la inserción de los jóvenes en la sociedad se vivía como un problema de primera magnitud. Hace pocos años, lo que ahora tenemos, en lo que concierne a ofertas y servicios para los jóvenes, se consideraba una utopía; ni que decir tiene que hoy se considera insuficiente y, además, obvio o sin interés. En el paradigma de los jóvenes de la época, el pasado no es cosa suya y el presente no les interesa (mucho). Como decía una "pintada": "vive de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos". Qué pasotismo, ¿no? Tal vez sí. Pero, en cualquier caso, más que pasotismo.

1. El paradigma apocalíptico

Ya hemos dicho que, inmediatamente antes de la Postmodernidad, se estaba viviendo bajo el paradigma apocalíptico. Sentirse amenazado o en peligro –personal o colectivamente– era una manera dominante de vivir el presente (des)orientado hacia el futuro. Bastaba con que las cosas no empeorasen.

El talante de los "nuevos" movimientos sociales también tenía un fuerte componente defensivo: evitemos el apocalipsis nuclear o el aniquilamiento del planeta... del cual formamos parte; o, por ejemplo, el creciente activismo de los jóvenes nacionalistas conscientes de ser

miembros de naciones siempre asediadas por sus adversarios.

Aquí los jóvenes también fueron "portadores sociales" de las amenazas colectivas. No bajo la forma de un movimiento juvenil específico ni agrupados alrededor de reivindicaciones juveniles. Sino estando presentes de forma muy visible –pero sin ningún protagonismo "separado"– en las movilizaciones de estos movimientos sociales.

Movimientos de los que se decía –y se dice– que son especialmente atractivos para los jóvenes. Lo cual es cierto si no se olvida que otros comportamientos y actividades, desde luego menos prestigiados ideológicamente, los movilizan tanto o más.

3. El paradigma de la amenaza

Pero, sobre todo, los jóvenes pasan a ser vistos bajo el paradigma de la amenaza, lo cual puede constatarse atendiendo a dos indicadores complementarios: las noticias y las encuestas a la juventud.

a) El *protagonismo informativo* de los jóvenes los presentaba como una fuente potencial y constante de peligros; o, correlativamente, como un ser continuamente rodeado de peligros y amenazas.

¿Qué temas se asociaban a los jóvenes? La droga, las sectas, el fracaso escolar, el paro, la delincuencia "juvenil"... Vaya caso, este último: ¿Por qué no una delincuencia adulta, masculina o bajita, por ejemplo? ¿Es que eran mucho más delictivos los jóvenes que los adultos, los hombres o los bajitos? Claro que ya nos lo anunciaban las pantallas del cine, antes eran "rebeldes sin causa" y ahora "perros callejeros". El joven era una fuente potencial de desorden y perturbación social: cuando miles de jóvenes se reunían en un llamado "Aplec de l'Esperit" buscando signos de esperanza, los periódicos no hablaban de ello; pero, simultáneamente, eran un titular destacado tres jóvenes que habían maltratado una anciana para robarle cuatro chavos.

b) Y de las *encuestas a la juventud*, ¿qué? Ni que decir tiene que una de las actividades preferidas de los departamentos de las instituciones públicas cuando tenían cierta envergadura era hacer una encuesta sobre la juventud de su territorio. Así demostraban que se preocupaban por ella y mostraban a la opinión pública cómo eran sus jóvenes.

Estas encuestas, por cierto, quizá sí que nos decían algo sobre cómo "eran" los jóvenes. Pero lo que es seguro es que *también* nos decían cuales eran las preocupaciones (o las obsesiones) del investigador hacia los jóvenes, y cómo él contribuía a construir su perfil. De manera que nos íbamos atiborrando de datos sobre cuales eran las actitudes y las valoraciones de los jóvenes hacia las instituciones de las que se alejaban (partidos, sindicatos, iglesias, escuelas...) y sobre los comportamientos y preferencias de los jóvenes en lo que se refiere al tiempo fuera del control institucional.

Así se produjo una inclinación ambiental: *lo máximo que puede esperarse de un joven no es que "sea", sino que "no sea"*. Padres, educadores y responsables orientan sus esfuerzos y preocupaciones a evitar que los jóvenes sean drogadictos, parados, fracasados escolares o marginados. La marginalidad alcanzada o evitada es una clave de lectura dominante y un modelo de referencia, de manera que, si esto se evita, ya es un éxito. Lo que convierte en exitosas, soportables o aceptables formas de vida y de comportamiento que, como mínimo, merecerían ser discutidas. Si la situación no es desastrosa, la reacción es de conformismo ante

lo que el/la joven es... porque siempre podría ser peor.

Se había pasado de creer que eran *fuentes de las más altas exigencias* a creer que *cualquier exigencia para con ellos podría ser más perjudicial que otra cosa* porque podría provocar la ruptura de un equilibrio más que inestable.

5. LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA IDENTIDAD JUVENIL

En la construcción social de la identidad juvenil sucede algo muy parecido a lo que sucede en la construcción de la identidad personal.

La identidad se reduce a unos pocos rasgos característicos, que permiten que las personas y los grupos se reconozcan a sí mismos y sean reconocidos por los demás, en un proceso inacabable de interacción personal y social. Evidentemente, en la vida de las personas y de los grupos hay muchos otros rasgos relevantes y, sobre todo, les es posible desarrollar o activar capacidades no reconocidas en los rasgos básicos de la identidad.

Cuando la «caricatura» se vive como «retrato»

En cualquier caso, si existen, a menudo se hacen remitir o quedan absorbidos por los paradigmas que, en un momento dado, se convierten en el punto de referencia desde el cual las personas y los grupos son juzgados y reconocidos. Gracias a eso, paradójicamente, cada cual "es como es", en este proceso que, inevitablemente, a base de subrayar determinados rasgos ilumina la realidad a cambio de dejar un buen número de elementos difuminados o perdidos en las sombras. No se puede iluminar sin crear sombras, de manera que lo que vemos tiene base "objetiva", pero no es "toda" la realidad. Lo malo es cuando la manera dominante de iluminar no nos ayuda a ver claro.

Así, en una estratificación acumulativa, el *Militante/Comprometido*, el *Pasota* y el *Amenazador/Amenazado* han sido elevados a la categoría de clave de comprensión de la realidad juvenil. Lo cual ha permitido reducir mucho más de lo imprescindible el pluralismo de formas de vida presentes entre los jóvenes a los rasgos básicos de cada momento. Y *ni todos los jóvenes se reflejan en ellos, ni todo en los jóvenes se corresponde con ellos*, pero así se ha ido tirando.

Estos subrayados en muchos momentos han sido útiles como principio heurístico, en la medida que hacían caer en la cuenta de rasgos relevantes. Pero, cuando la caricatura se presenta o se vive como retrato, hace pasar gato por liebre y provoca dos distorsiones considerables. Absolutiza determinados rasgos como definición "objetiva" y separa socialmente a los jóvenes bajo la pretendida caracterización de una subcultura juvenil, de modo que *se percibe lo que es un proceso de transición proyectando una identidad cerrada y autosuficiente, y se define desde ella, de manera que "ser joven", paradójicamente, acaba siendo un final de trayecto o un hecho diferencial*.

¿Pensar el futuro a través de los jóvenes?

Detrás de todo esto, la funesta manía de establecer vínculos indisociables entre juventud y futuro. *Y así se consolida el hábito de pensar el futuro a través de los jóvenes y los jóvenes a través de las imágenes que nos hacemos del futuro*. Hábito indisociable de la creencia –esperanzada o angustiada, depende– en que de la descripción de los jóvenes de hoy podemos deducir el futuro social que nos espera (lo cual se traduce, por ejemplo, en la neurosis de identificar el futuro de una institución o entidad con la capacidad que tienen de atraer a los jóvenes). Hasta el punto que "construir el futuro" a menudo consiste en potenciar lo mejor y evitar lo peor que "vemos" en los jóvenes. Pero eso que "vemos" es inseparable de los futuros que imaginamos. Un círculo vicioso, vaya. Pero pensemos por ejemplo en las sucesivas cuestiones estelares en el ámbito educativo, desde la sexualidad hasta la informática,

pasando por el tiempo libre.

Los jóvenes han servido mucho más de lo que sería deseable para controlar, proyectar y condensar las incertidumbres y las esperanzas personales y sociales. De manera que ha sido mediante los jóvenes como se han vivido y proyectado hacia el futuro los problemas del presente. Que la juventud sea en nuestras sociedades un proceso psicosocial diferenciable explica que haya entre los jóvenes un "aire de familia" más o menos vago; pero hay que explicar también por qué el "factor psico" se magnifica generacionalmente, de forma que absorbe el "factor social". Y así problemas comunes vividos en situaciones específicas llegan a ser separados y presentados como específicos de los jóvenes. Pero, claro, es imposible afrontar retos comunes cuando se parte del supuesto de que los jóvenes viven inmersos en lo que *sólo* se define como una cultura juvenil y, por lo tanto, se establece el principio de que los diversos grupos de edad pueden estar juntos y convivir –e incluso pueden aspirar a "comprenderse" mutuamente–. Pero no tienen nada que decirse.

6. Y AHORA, ¿QUÉ?

Ahora ya no se trata de comenzar con un pretendido análisis objetivo de como son los jóvenes, sino de *reflexionar sobre las percepciones que hay sobre los jóvenes*. De ver hasta qué punto el abigarrado mosaico juvenil revela un cierto aire de familia, que no puede pretenderse resumir ni categorizar, pero a partir del cual se puede pensar. Aire de familia que revela algunos de los retos sociales dominantes hoy en día y que han de generar *respuestas en todos los ámbitos sociales si queremos que haya respuestas también en el ámbito juvenil*.

Y no sólo porque nos "preocupan" los jóvenes, sino porque compartimos determinados interrogantes que queremos afrontar en un diálogo social en el que cada cual se deje afectar y modificar por las percepciones del otro, en lugar de combatir para hacer hegemónico el propio discurso o para garantizarle un espacio propio reservado.

Y, en este punto, sí que quisiera seguir siendo beligerante. Creo que se ha producido un cambio lo suficientemente importante, que afecta al aire de familia de los jóvenes, y que este cambio –realmente existente– aún no ha sido asumido por lo que se refiere a la manera cómo se abordan las relaciones con los jóvenes y a la manera cómo son percibidos. Curiosamente, *la tendencia a creer que los problemas de los jóvenes son tan sólo problemas juveniles bloquea la autoreflexión y facilita que siempre "se llegue tarde"*.

¿Cuál es este aire de familia?

A mi modo de ver, y simplificándolo mucho, el siguiente:

— Hemos pasado de unas generaciones de jóvenes que tenían o habían tenido como problema central la represión (política, sexual, moral, familiar, educativa...), a unas generaciones que tienen como problema central la identidad.

— Y lo malo es que aún se les trata, analiza o pretende educar *como si* la cuestión central fuera la represión, ya sea para superarla, ya sea para evitarla.

— Lo cual no tiene porque sorprendernos si tenemos en cuenta que los padres y educadores de hoy siguen percibiendo a los jóvenes desde el tipo-ideal de joven forjado en su propia juventud, ya sea ilusionándose con cualquier indicio de compromiso o de militancia, ya sea para combatir el pasotismo, ya sea para conformarse con cualquier cosa con tal de que no pasen (muchas) desgracias.

Cuando hablo de identidad es para expresar mi intuición de que hoy, los jóvenes, más que vivir una situación de crisis o de desestructuración, parecen a-estructurados. Sin identidades ni referencias claras y distintas, y con la tranquila aceptación de quien no lo vive como una *pérdida*, sino como su *normalidad* vital. El problema de la identidad no es vivido con ninguna clase de sentimiento trágico o desgarrado; pero ahí está. Está con una especie de aceptación conformada, ya que se apoya en la seguridad de que la vida da lo que da de sí, y no se trata de preocuparse por el mero gusto de hacerlo.

No han pasado por ninguna crisis, entendida como el rechazo, la crítica o la reconstrucción de un sistema de valores más o menos articulado (y esto quizá los diferencia). Han nacido y crecido en el pluralismo, y en el estallido de las cosmovisiones o sistemas de creencias (y la necesidad de aprender a *vivir* en este nuevo *ecosistema axiológico* la comparten

con todo el mundo). Son producto de una especie de *gran explosión* cultural e ideológica.

Este espectacular *big bang* ha afectado ante todo a lo que había funcionado hasta ahora como referente en la construcción social de la identidad: *las ideologías como modelos de sociedad y las morales como proyectos normativos de vida*.

La configuración consciente de identidades se encuentra ahora en suspenso, y se deja en manos de las inercias y de los tanteos de la vida. A una sociedad cada vez más corporativa (con respecto a las relaciones de poder y a la negociación de intereses) le corresponde una sociedad cada vez más tribal desde el punto de vista cultural, en el marco arrasador de la cultura de masas. Si la identidad es (también etimológicamente) inseparable del identificarse –positiva o negativamente–, ahora la propia posibilidad de hacerlo es lo que se pone en cuestión, de manera que se deja casi por inútil.

No ha de sorprendernos la creciente dificultad que tanta gente experimenta cuando trata de explicar inteligiblemente *no cómo vive, sino de qué y para qué vive en el fondo*. Y no digamos cuando pretende que le entiendan los jóvenes. Tal vez la afición actual por la velocidad no sea sino un síntoma más de que lo que de verdad nos causa pánico es pararnos y pasar un rato con nosotros mismos sin tener nada que hacer.

Procesos generadores de identidad

En medio de este *big bang* cultural e ideológico los procesos generadores de identidad son más que precarios, y no es de extrañar que, hoy por hoy, oscilen entre identidades fundamentalistas (religiosas, nacionales, etc.) e identidades dispersas.

El fundamentalismo y la dispersión son hoy en día las dos opciones dominantes en lo que concierne a la identidad, aunque se presenten bajo la forma de pluralismo. Pluralismo público entendido como acotación de espacios comunicados entre sí; pluralismo privado entendido como uso simultáneo de parámetros diferentes e incluso contradictorios según los ámbitos vitales. Este pluralismo desarticulado y desarticulador no es de extrañar que a menudo se interiorice (también entre los jóvenes, por lo tanto), como dispersión o perplejidad axiológica y motivacional. Y como apología del presente. De lo que me va y me funciona. ¿Podría ser de otro modo? Sólo hay que ver cómo, en justa correspondencia, los debates educativos no suelen ser debates sobre la formación, sino sobre la adquisición de los saberes instrumentales y las habilidades operativas más adecuadas. Si estas intuiciones son mínimamente adecuadas, creo que es previsible que esta demanda no satisfecha de identidad provoque a medio plazo una reanudación del debate sobre la formación moral en la educación. El reto –y el problema– es cómo y en qué contexto se llevará a cabo.

La climatología vital dominante es, por tanto, una especie de desarraigo inseparable de una inmersión de talante inmediateista en el flujo de la vida. Un flujo hecho de acontecimientos no muy trascendentes. Ahora no se trata de generaciones que hayan pasado del no tener al tener, o lo hayan conseguido trabajosamente. Todo lo contrario.

Una generación para la cual el «consumo» es un dato cultural asumido

Es su verdadero estado de naturaleza. Casi un *derecho* interiorizado sin conciencia refleja y vivido como una realidad independiente de lo que son las condiciones del consumo: *la producción y el trabajo*.

Hasta cierto punto podría decirse que la relación con las creencias y los valores es similar a la oferta del mercado: todo el mundo dice que lo que ofrece es lo mejor, pero *cada cual escoge*

lo que le conviene, lo que más le atrae o lo que cree mejor. Y todos escogen, por cierto, una plural variedad del mismo tipo de productos. Todos somos igualmente diferentes.

El consumo ha pasado a ser un horizonte cultural, en el sentido que ha extendido la creencia de que todo lo que se experimenta como necesidad o deseo puede estar al propio alcance. Y del "puede" se pasa inconscientemente (pero arraigadamente) a la exigencia: "tiene" que estar al alcance. Recibir bienes y servicios es experimentado como un *derecho* (coherente con una sociedad más preocupada por los derechos de los consumidores que por los derechos humanos) de manera que aquellos que los proporcionan no hacen nada más que cumplir con su obligación. Lo extraño sería lo contrario y, en cualquier caso, se critican las insuficiencias. De ahí que cualquier política de juventud sea por definición insuficiente y poco relevante. El dirigente político espera ver incrementada su valoración (y contabilizarla en votos), creyendo que es muy meritorio lo que es percibido como obvio. Solo faltaría que no (se) hiciera lo que (se) hace: ¡si siempre hace falta y queremos más! ¿No pretenderá que, además, saltemos de alegría?>

El consumo aporta otro elemento decisivo en los procesos de identificación juveniles

Ya hemos señalado la fuerza separadora que ha tenido la creencia en que hay una cultura específicamente juvenil, de la cual se puede ser testigo o acompañante más o menos privilegiado. Eso es lo que son a menudo los educadores: testigos y/o acompañantes de primera línea., pero con la cual no pueden establecerse relaciones que comporten una implicación mutua.

A esto hay que añadir el papel protagonista que tienen los jóvenes en el mundo publicitario, cuando han perdido el protagonismo de la historia.

Ellos mismos (idealizados) son una imagen de marca. Pero no sólo eso: los jóvenes han llegado a ser un "segmento de mercado" específico (qué digo, uno: ¡una docena!); lo cual quiere decir que, en justa correspondencia, se potencian hábitos y formas de identificación comunes y diferenciados. Y así nos encontramos con la paradoja de que, de hecho, lo que la sociedad ofrece a los jóvenes como referente identificador es un duplicado corregido y aumentado de determinados rasgos presentes entre los mismos jóvenes.

En este contexto queda claro que resulta demasiado fácil reaccionar como censores y acusar a los jóvenes de inconscientes, que es la acusación que tienen más a mano los propietarios de certezas inmutables. Desde luego, no cuestionan el sistema (como exigía una cierta retórica tan exaltante como impotente), sino, en cualquier caso, las dificultades para integrarse en el sistema. Ni están faltos de valores o referencias, pero no los integran a partir de su pretendida "*verdad objetiva*", sino a partir de su *experiencia personal*.

Y sin abandonar (desmintiendo así a los que siempre los ven manipulados) una especie de escepticismo lúcido: ya se sabe que la publicidad y los signos de consumo no nos dicen la "verdad" de las cosas o su "realidad", y que todo lo que podemos escoger es para acabar sometidos a determinados estándares. Pero pretender salir de esto es entrar no sólo en un vacío sin respuestas, sino *alejarse de la realidad de la vida*.

El presente como criterio

En este marco, para los jóvenes el presente es el único criterio de realidad, si consideramos las coordenadas dominantes en las que se vive la temporalidad en nuestras sociedades. La única manera de vivir la realidad es vivir el presente.

El *pasado* no es memoria (y menos aún memoria significativa), sino presente ya acaecido o asignatura, lo cual –obviamente– justifica la ignorancia o el olvido. Y el *futuro* es una preocupación de padres y educadores, cosa que por cierto comprenden muy bien, pero alejado de su horizonte vital. El futuro no justifica hacer ni dejar de hacer nada; si no se experimenta como una especie de presente ampliado, no forma parte de la vida.

Y es que en este momento *la vida se percibe básicamente como un presente en cambio constante*. La identidad no está hecha de contenidos ni está mediatizada ideológicamente. *La identidad es el sentimiento de compartir unos determinados signos de identificación que son móviles, potencialmente intensos, repetitivos y provisionales*, de ahí la importancia de modas, iconografías, músicas y espectáculos deportivos. Si la vida (presente) es esto, lo más lógico y coherente es no estar muy comprometido. No es tiempo de dogmatismos, ni pueden tener lugar en él: todo puede ser o dejar de ser, sin duda, *pero todo "depende"*.

Hay, por tanto, una energía latente que, también, se puede canalizar o adherir a cosas muy diferentes.

En cualquier caso, la clave para comprenderlos o tratar con ellos no son las ideas, *sino las experiencias y los espacios significativos*, y los vínculos más "reales" los tienen con quien comparten experiencias y espacios significativos, y no con los que conviven durante más horas. La cuestión, por tanto, no es sólo lo que dicen, hacen o donde pasan más tiempo, sino *cuales son sus experiencias significativas*, de más o menos intensidad y/o calidad.

La identidad –siempre potencialmente móvil– es el resultado de compartir signos o referencias identificadores. De ahí su insensibilidad (más que rechazo) ante las vinculaciones y los lazos ordenados y/o reguladores. Y su identificación –más o menos episódica– con propuestas de fuerte componente emocional y con cohesión no ideológica. No solamente música y deportes; también ecología, nacionalismo o religión. Siempre con un componente *de espectáculo actualizador de la vida del que forman parte y en el que se reconocen*.

Todo lo cual explica *un poco* que los jóvenes tengan, simultáneamente, un aire de familia y una fuerte fragmentación tribal.

Por eso, por momentos se puede tener a veces la sensación de hablar de unos extranjeros que viven entre nosotros. La convivencia permite constatar que tienen su propio sistema de signos, que se mueve en un registro muy diferente al que utilizan padres y educadores. Pero esta es una afirmación que podría hacerse *también* perfectamente al revés. Resulta curioso imaginar en paralelo el discurso de un chico o una chica de quince años y los discursos *educativos* que recibe. No sólo son diferentes, sino también a menudo mutuamente ininteligibles. Probablemente es el precio que pagamos por un sistema de socialización, pretendidamente educativo, que agrupa a la gente fragmentariamente por edades y no la mezcla para hacer ninguna práctica común: la identidad de grupo acaba protegiendo sus miembros de cualquier otra referencia.

De la moral de la «brújula» a la moral del «radar»

Y es que no puede decirse que sean jóvenes sin criterios, sin valores, sin referencias. Pero sí que la identidad no la construyen con relación a sistemas ideológicos claros, duros, fuertes. Entre otras cosas, recordémoslo, porque el pluralismo cultural *interiorizado* está en la otra cara de su "estado de naturaleza".

Es una identidad que, para situarse en la vida, no necesita de una brújula. Saben moverse, nadie lo duda, pero no con brújula, sino con radar. Van emitiendo y recibiendo

mensajes y signos y, a partir de ellos, van modificando su posición. No se guían con relación a un norte, sino con relación a la posición de los demás. De ahí una cierta tolerancia y falta de agresividad (también para con los adultos, a los que comprenden), pero también un cierto relativismo y pragmatismo. La moral del radar deja un amplio margen a la provisionalidad y al azar de las cosas tal como van viniendo. No todo es igual, pero nada puede ser estable o definitivo.

Fácilmente todo eso provoca reacciones, que pueden tener tonalidades apocalípticas. Y tampoco no es para tanto. *Solamente la convicción ingenua y no fundamentada de que los jóvenes son la prefiguración del futuro genera reacciones de ansiedad.*

Los jóvenes no prefiguran el futuro, sino que son una radiografía de nuestro presente; de una cultura y de todos los que viven también en esta cultura. Por lo tanto, *la pregunta no es qué hacemos con ellos, sino qué estamos haciendo nosotros con nosotros mismos y, por tanto, también con relación a los jóvenes.* Sólo una patológica mitificación de la juventud hace de la descripción empírica de las formas de vida juvenil una instancia crítica y un punto de referencia para la vida de todos.

Demanda de identidad

En último término, creo que lo que hay latente y que cada vez se expresará más es una demanda de identidad. La pretensión de vivir la vida, de inmersión en la vida o de afirmación inmediata de la vida que proclaman es cualquier cosa menos obvia. *La vida es cualquier cosa menos transparente.* Las preguntas están ahí, pero hoy los jóvenes reciben respuestas a preguntas que no se hacen, lo cual hace que algunas de sus preguntas acaben simplemente por no ser ni suscitadas. Más aún, *los jóvenes de hoy reciben las respuestas a las preguntas que sus padres y educadores se formulaban (en su registro) cuando eran jóvenes, y que se siguen considerando las cuestiones típicamente "juveniles".* Y eso, por ejemplo, se ve en el discurso político o religioso... incluso en los pretendidamente "progresistas" o "actuales". No es extraño que sean discursos mutuamente incomprensibles o, simplemente, rechazados.

No se trata ni de hacerse el joven, ni de pretender imitarlos, ni de pretender cambiarlos. No se trata de buscar culpables inexistentes, sino de indagar qué hacemos todos a partir de esta heterogeneidad cultural, que es un dato ambiental. Se trata de preguntarse cómo transmitir determinados valores básicos y actitudes cuando no se comparten –o no se tienen– cuadros y sistemas morales e ideológicos comunes o aceptados como evidentes. Por tanto, *la pregunta no es qué piensan los jóvenes, sino cuales son sus –y nuestras– experiencias significativas.* Y, consecuentemente, *qué es lo significativo en nuestras relaciones personales y sociales.*

Por ejemplo.

* ¿Hay que mantener el presupuesto de que solo un determinado perfil de joven (comprometido, activo, creativo, responsable y militante, pongamos por caso) es un joven "como es debido"?

* ¿Hay que seguir dando una *importancia preferente a la forma, el método y la pedagogía* con que se les presentan los valores en una cultura en la que todas las formas pueden servir para muchas cosas muy diferentes?

* ¿Hay que seguir cultivando la ansiedad y el sentimiento de culpabilidad de tantos padres y educadores, producto de la creencia en que su influencia es la causa decisiva –para bien o para mal– del tipo de joven que "sale" cuando vivimos en una cultura en la que ninguna propuesta o

influencia (por globalizante que sea) engloba la totalidad de la vida concreta de la gente y, por lo tanto, todo el mundo –y sobre todo los jóvenes– articula en su vida respuestas diversas a influencias plurales?

* ¿Hay que seguir cultivando una especie de "obsesión juvenil" según la cual lo que los jóvenes hacen o dicen con relación a la sociedad es por definición una instancia crítica inapelable o un punto de referencia privilegiado?

* ¿Hay que seguir hablando y pensando en los jóvenes sin que los que hacen eso se pregunten cómo les afectan a ellos los retos o problemas que presentan como típicos de los jóvenes?

Por mi parte, estoy convencido de que *estamos pasando de una sociedad en la cual la raíz de las patologías era la represión a una sociedad donde la forma de las patologías será la crisis o la búsqueda de identidad*. Pero la respuesta ya no podrá ser la búsqueda de una identidad cerrada, expresada ideológicamente, sino una identidad arraigada en una sabiduría profunda (que *también* se expresa en la palabra) que permita orientarse, discernir y tomar decisiones en circunstancias plurales y cambiantes.

Por este motivo el discurso sobre los jóvenes y dirigido a los jóvenes que usan los ex-jóvenes progres de los 60 (con los sucesivos estratos que se han ido superponiendo) no es operativo. Porque *está obsesionado en una liberación entendida como superación de la represión y es incapaz de suscitar una libertad concreta y responsable que configure identidades*. Tengo la sensación (generalizando ahora excesivamente) que *en el mundo adulto y educador se empezó por querer evitar represiones, se continuó por no querer imponer ni condicionar nada y se ha acabado por la dimisión o la impotencia de no querer (o no poder, o no saber) proponer ni ofrecer ninguna forma de vida con convicción* en el marco de aquella "distancia óptima" que es capaz de estar bastante cerca sin imponerse o proteger y bastante distanciada sin llegar a abandonar.

Acabar con la obsesión juvenil

Es quizás el primer paso que hay que dar para hacer posible el reencuentro con los jóvenes en el marco de retos fundamentales y comunes que nos afectan a todos, pero no a todos de la misma manera. Pero el fin de esta obsesión no parece inminente. Quizás aquí también habrá que esperar que pase el 92. A partir del 92, las proyecciones prevén el inicio del descenso de la población juvenil. En Cataluña, por ejemplo, a principios de siglo, los jóvenes representaban el 31% de la población y los ancianos, el 4%. Las previsiones para el año 2000 son que los menores de 15 años sean el 16'3%, y los mayores de 65, el 17'5%.

Quizás no será visible ni viable el fin de la obsesión juvenil (ahora que incluso nos anuncian el fin de la Historia) hasta que la ONU convoque un Año Internacional de la Ancianidad...

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
correu-e: espinal@redestb.es; <http://www.fespinal.com>